

EUROPA-ARCHIV

Bonn

Año XX, núm. 17, 1965

NERLICH, UWE: *Die nuklearen Dilemmas der Bundesrepublik Deutschland* (Los dilemas nucleares de la República Federal de Alemania). Páginas 637-652.

Las principales fases del pensamiento estratégico en la República Federal son las siguientes: a), los años 1956-1958: decisión de establecer una legislación relativa al servicio militar y a la defensa del país; b), el período de 1958 a 1961: la República Federal se ajusta a la estrategia de la N. A. T. O.; c), 1961-1963: después de la adopción, por Washington, de la estrategia convencional en Europa. Todo ello repercutió políticamente, aunque la situación ha mejorado un poco a partir de 1963.

Lo anterior se relaciona estrechamente con los problemas de posibles consecuencias inmediatas que pudieran deducirse para la política defensiva germano-federal de los cambios en los planes estratégicos de la N. A. T. O., por un lado, y de cómo hacer uso de armas nucleares dentro de Europa, por el otro. El tercer dilema consiste en los cálculos políticos de Bonn sobre en qué forma sería posible disponer de estas armas.

Aparte de ello, Bonn tiene en cuenta los problemas que resultan de la reunificación alemana y de la unifi-

cación europea. Se trata de problemas que son completamente distintos de los que determinan, por ejemplo, la política francesa, en un principio no sujeta a una presión directa en la escena internacional. En cambio, para la República Federal, cualquier forma de pensamiento estratégico limita, automáticamente, las acciones políticas frente al exterior.

El mayor peligro proviene de parte de París, ya que Francia, como una potencia nuclear de dimensiones medianas, puede—y ya lo hace—explotar sus armas atómicas como instrumento político a expensas de la República Federal. Lógicamente, la reacción alemana tiene que ser negativa. La situación de peligro consiste, entonces, en que la República Federal pudiera verse obligada a renunciar a su política de la integración europea refugiándose en una postura de egoísmo nacional y buscando, por tanto, sus propios medios de defensa nacional, medios que, sin embargo, no resolverían el problema planteado.

Año XXI, núm. 4, 1966

JORDAN, HENRY P.: *Entwicklungs politik und wirtschaftliche Integration in Lateinamerika* (Política de desarrollo e integración económica en América Latina). Págs. 139-147.

Los impulsos de carácter político y económico dados en febrero de 1960 con la concertación del Tratado de Montevideo sobre la creación de una

zona de libre comercio en América Latina no han perdido su vigor, sino que, al contrario, se han crecido ante las circunstancias reinantes. Aparte del desarrollo registrado por dicha zona, nuevas iniciativas emanaban de las relaciones iberoamericanas con Norteamérica y otros países. En primer lugar, hay que referirse a la «Alianza para el Progreso», a pesar de que los resultados son insatisfactorios. Influyó también mucho el desarrollo en Europa, así como la actitud —a escala mundial— de los países en vía de desarrollo. Dentro de los impulsos integracionistas, constan también los planes de Eduardo Frei y las actas de Río de Janeiro, de 1965.

Fue la «Alianza para el Progreso» la organización que despertaba grandes esperanzas en la opinión pública latinoamericana. Lo es todavía siempre, sobre todo al tener en cuenta que su actividad viene mejorando y que la postura del presidente Johnson es positiva. No obstante, el porvenir de la Alianza queda inseguro. Los mayores peligros consisten en dificultades interno-políticas de sus miembros. Es necesaria una profunda reforma agraria, posible sólo si se cambian radicalmente las relaciones propietarias. Lo mismo pasa con el sistema tributario. Es sumamente desigual la distribución de la renta nacional. Los favorecidos intentarán paralizar cualquier proceso de nivelación, estando respaldados por elementos extremistas de orientación procomunista con el fin de impedir que el actual sistema de organización política y social se haga más estable y pro occidental.

Este es el conflicto que caracteriza la situación en los países de América Latina, conflicto entre los defensores de las viejas estructuras sociales y los protagonistas que propugnan el progreso conforme a los principios establecidos por la «Carta de Punta del Este», aceptados por veinte repúblicas americanas el 17 de agosto de 1961. En ningún caso es aconsejable olvidar que los extremistas procomunistas propagan reformas revolucionarias intentando, por consiguiente,

deshacer la iniciativa de los «imperialistas yanquis».

S. G.

AUSSENPOLITIK

Stuttgart

Año XVI, núm. 12, 1965

ERHARDT, CARL: *De Gaulle und die Integrationsidee* (De Gaulle y las ideas sobre la integración). Páginas 801-815.

La consecución de la integración económica de los Estados europeos, que el Tratado de París concretaba a los sectores del carbón y del acero, y que el Tratado de Roma extendió a todo el ámbito de la economía y aspectos de la política económica, se encuentra actualmente en crisis.

El principio de esta integración estaba en buena parte promovido por las desagradables consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y por el deseo de los países europeos de evitar para siempre otra guerra fratricida en Europa. La integración debería eliminar las rivalidades nacionales. Además, la unión de la capacidad de producción de los países fortalecería notablemente la posición de Europa en el mundo.

Pero la consolidación de ese Mercado Común, suprimiendo las tarifas aduaneras y elaborando una política agraria común, no se ha realizado aún, antes bien, han entrado en juego los intereses nacionales, en los cuales han tenido una culpa considerable las maniobras de la política gaullista.

El anterior presidente francés habló ya en el Parlamento europeo de Estrasburgo de una ofensiva escalonada del Gobierno francés contra el Tratado del Mercado Común.

Esta ofensiva comenzó a los cuatro meses de haber llegado De Gaulle al poder. Es indudable que la política francesa de los últimos tiempos es la

política de De Gaulle, disconforme en todo caso con la dirección política mundial de Estados Unidos; descontento con la O. T. A. N., con la guerra de Vietnam, con las relaciones germano-americanas, etc.; es decir, también la acción gaullista hacia el Mercado Común aparece teñida, si no de lo que se ha llamado «megalomanía» francesa, sí al menos de un sentido personalista, demasiado particular, en cualquier caso, tratándose de una organización compuesta por seis miembros iguales.

Varias son las intemperancias de De Gaulle respecto al Mercado Común, decisiones que si no han dado al traste de una manera definitiva con la idea de la integración, sí han disminuído notoriamente su rapidez y eficiencia, siendo de destacar su oposición al ingreso de Inglaterra. Pero su postura la aclaran mejor las propias palabras que el 31 de diciembre de 1964 pronunció para la televisión: «... en política, economía y defensa, Francia es completamente suficiente, o, mejor dicho, Francia puede rechazar cualquier sistema que con la capa de supranacionalidad o integración nos quiera tener bajo su hegemonía...».

Resumiendo, puede decirse que el general De Gaulle ha utilizado el Mercado Común como elemento de la estrategia política francesa, que hace depender a los cinco miembros restantes de sus decisiones, y que el Mercado Común europeo no superará las crisis de una manera definitiva en tanto no se disocie del nacionalismo extremo, del cual De Gaulle es un genuino representante.

TIMMLER, MARKUS: *Accra. Die Konferenz der Besinnung* (Accra. La Conferencia de la reflexión). Páginas 816-825.

La tercera conferencia de la O. U. A., celebrada en otoño de 1965, proporcionó dos sorpresas: una, que llegara a realizarse; otra, el relativo acuerdo

conseguido, pese a las divergencias internas.

A causa de los conflictos y atentados en los países vecinos de Ghana, parecía, a mediados de año, que peligraba no solamente la Conferencia, sino la misma Organización de los Estados Africanos.

Para cuantos por fin tomaron parte en las sesiones de la Conferencia, tenía ésta un significado histórico sentimental, ya que empezó justamente el mismo día en que se cumplían veinte años de la V Conferencia Panafricana, que tuvo lugar en la ciudad inglesa de Mánchester, siendo uno de los secretarios el entonces desconocido Nkrumah, que contaba treinta y seis años. Había, entonces, en 1945, sólo dos estados independientes: Liberia y Etiopía, aunque era ya inminente la independencia de un tercero: Egipto.

Los trece puntos debatidos en Acra pueden dividirse en dos partes: los que se refieren a la colaboración entre los países africanos y los que se refieren a las relaciones con el resto del mundo. Ni que decir tiene que se trataron los problemas de Rhodesia, de la Unión Sudafricana y de todas las regiones aún dominadas por franceses, portugueses y españoles, así como las relaciones de la O. U. A. con la O. N. U. y con otras organizaciones.

Uno de los aspectos más destacables fueron los intentos de Nkrumah por la unidad continental. Frases como «Deseamos un Gobierno para todo el continente», «Somos un pueblo, un continente, un destino», martillearon continuamente los oídos de los asistentes a la Conferencia, aun cuando el presidente Tubman, de Liberia, hizo unas declaraciones en el mismo aeropuerto diciendo que un Gobierno para todo Africa era algo no imaginable, pues significaría «el infierno».

También se trató de la subversión en Africa; a saber, de la obligación de no permitir ningún movimiento subversivo contra los miembros de la O. U. A., así como de impedir que desde sus respectivos territorios se plan-

tearanc movimientos inspirados o financiados por potencias extranjeras.

Lo más notable que puede extraerse de los numerosos, contrapuestos e intrincados debates de la Conferencia es que la mayoría de los miembros se han mostrado decididos a prodigar menos las conferencias y conversaciones, siendo más bien partidarios de sustituirlas por un trabajo sistemático que garantice el progreso económico.

La Conferencia de Addis Abeba (1963) se designó de la *Euforia*; la del Cairo (1964), de la *Organización* de los Estados africanos; esta última puede nombrarse de la *Reflexión*, sobre lo que es en realidad importante para la marcha eficiente del continente africano hacia el bienestar y el progreso.

CHO, M. Y.: *Japans asiatische Verantwortung* (La responsabilidad del Japón en Asia). Págs. 826-842.

Al igual que puede decirse de Alemania que es un país que ha realizado su milagro económico a partir del punto cero, que señaló su aplastamiento, puede decirse del Japón, el país más rico y más moderno de Asia y uno de los más desarrollados del mundo, unido a Estados Unidos por un tratado de seguridad, segundo comprador en importancia de los Estados Unidos, que, a su vez, es el mejor cliente de los productos japoneses.

Japón ha escapado a los problemas con que se encuentran la mayoría de los países de Asia, y puede marcar una tercera vía, con sus experiencias sobre el desarrollo entre el método revolucionario radical de China y el de evolución llamada de la India.

El progreso económico del Japón ha ido paralelamente acompañado de un significado cada vez más importante en la política mundial. Estados Unidos reaccionó al concluir la guerra, viendo que necesitaba algún aliado de valía que pudiera oponerse al movimiento creciente del comunismo en Asia.

El papel del Japón en Asia ya se manifestaba con el famoso proyecto que interrumpió su derrota en la Segunda Guerra Mundial, el *Dai-toa Kyo-eiken* (el bienestar común para la gran Asia). Esta idea universalista había tenido un origen también en China, con el concepto *Tien-hsia Ichia* (familia de todo bajo el cielo). Pero las condiciones geopolíticas de China la hicieron aplicar este concepto sólo al mundo chino; sin embargo, la posición marinera del Japón determinaba a éste a dar realidad a tal concepto ejerciendo una política imperialista. La proyección ultramarina de su industrialización y su técnica empezaron a acreditar al Japón como líder indiscutible del mundo asiático y potencia con la cual tenían que contar las otras no asiáticas respecto a la política mundial.

Esta idea panasiática del Japón tuvo, entre otras manifestaciones, la creación del Ministerio de la Gran Asia. En otoño de 1943 tuvo lugar en Japón la Conferencia panasiática, en la que se proyectó sacudir el yugo anglo-americano y organizar un progreso común y una autarquía política y económica, estrechando la colaboración y amistad de los países asiáticos.

Pero el proyecto de la Gran Asia quedó en suspenso ante la victoria americana en el año 1945.

Actualmente, la influencia japonesa es a través de la economía y puede prestar gran ayuda a los países subdesarrollados de Asia. Sus productos son de gran calidad y de precio más barato que los americanos; prueba de ello es el hecho de que un astronauta americano utilizaba en sus viajes alrededor de la Tierra una cámara fotográfica de fabricación japonesa.

La responsabilidad actual de Japón en Asia se concreta, pues, en el campo del desarrollo económico; de esta manera podría ser un apaciguador en la contienda Washington-Pekín, lo cual podrá verse a partir de 1970, plazo de vigencia del Tratado americano-japonés.

G. B. A.

ÖSTERREICHISCHE ZEITSCHRIFT
FÜR AUSSENPOLITIK

Viena

Año V, núm. 4, 1965

HAEKKERUP, PER: *Dänemark und die euröpeische integration* (Dinamarca y la integración europea). Páginas 251-259.

La historia de Dinamarca ha demostrado que este país sólo puede conservar su paz y seguridad gracias a la colaboración pacífica de las naciones europeas. Con la entrada de Dinamarca en la Alianza Atlántica, se tomó parte en el nuevo pensamiento de integración europea, en la que Dinamarca tiene no sólo un interés económico, sino un vivo interés político.

El Mercado Común es una expresión de las nuevas tendencias políticas originadas después de la guerra; pero el Mercado Común no puede tener por fin último la integración de los seis países que hoy día lo constituyen, sino que tendrá como etapas posteriores la admisión de otros países, expandiendo así el alcance de sus beneficios. La meta debe ser una solución para todo Europa; esto es, que alcance no sólo a los Seis, sino también a Inglaterra, Noruega, Dinamarca y al resto de los países de la E. F. T. A., pues tanto cultural como económicamente tan europeos son los países de la E. F. T. A. como los del Mercado Común europeo.

Dinamarca solicitó su ingreso al Mercado Común europeo en el año 1961. El comercio exterior danés depende tanto de Alemania como de Inglaterra; sus intereses respecto a Inglaterra están garantizados por la pertenencia de ambos países a la E. F. T. A.; respecto a Alemania, la solución es el ingreso de Dinamarca en el Mercado Común; sin embargo, lo ideal sería, desde el punto de vista danés, que los tres países—Alemania, Inglaterra y

Dinamarca—pertencieran a una misma organización.

Pero no existen sólo motivos económicos. Al estar íntimamente unidas la economía y la política, se estima en Dinamarca que una división continuada de los mercados europeos no sólo debilitará a Europa, sino que amenazaría la seguridad europea.

No se agota en Europa—según el autor—la idea de la integración, pues, a pesar de todo, Europa no constituirá un grupo de poder frente a los Estados Unidos de América o frente a la U. R. S. S.; antes bien, una Europa fuerte debe encarnar la posibilidad de relaciones y de entendimiento entre el Este y el Oeste. Tampoco debe constituir el Mercado Común Europeo un club de naciones ricas, ajeno a los problemas del resto del mundo, sino que puede ser una base que irradie grandes beneficios para los países subdesarrollados, ya que una Europa integrada, económicamente fuerte, será, junto con los Estados Unidos, el mejor mercado para los productos de los países subdesarrollados.

BELOFF, MAX: *Die englische Aussenpolitik nach den Wahlen von 1964* (La política exterior inglesa después de las elecciones de 1964). Páginas 260-270.

Aún no ha transcurrido el tiempo necesario para juzgar la acción del Gobierno laborista en la política internacional. Es preciso tener en cuenta ante todo el escaso papel que en Inglaterra, como en la mayoría de los países desarrollados, juegan en las elecciones los programas de política exterior. Los electores se dejan influir más por los problemas del pan y la mantequilla que por los de los acontecimientos mundiales. El triunfo laborista en Inglaterra se debe a que los conservadores parecían ya un tanto pasados de moda, y sus programas no ofrecían interés alguno. Se pensó que un nuevo Gobierno podría aportar más vitalidad a la solución de los dilemas económicos y político-sociales.

El nuevo Gobierno tenía, pues, las manos libres para realizar una política exterior como creyese conveniente, ya que no se encontraba atado por promesas anteriores.

El anterior Gobierno laborista desde 1945 a 1951 tuvo importantes problemas frente a sí en la política exterior: la armonía con los Estados Unidos en los primeros pasos de la guerra fría, el Plan Marshall, la Alianza Atlántica, la creación de la C. E. C. A. supranacional, con la que no simpatizó en manera alguna el Gobierno de Londres.

Hoy día se encuentra Inglaterra con problemas como el del desarme y el control del armamento atómico, la negativa de Wáshington a ampliar el club atómico y los adelantos cada día más inquietantes de la China roja en este campo. Los laboristas piensan, como los rusos, que cualquier forma de disposición atómica que incluya a Alemania, a pesar de cualquier cláusula de seguridad, representaría una proliferación. Wilson tiene que luchar, pues, contra el proyecto multilateral hasta donde se lo permita su estrecha unión con Estados Unidos.

Inglaterra reconoce el factor de inestabilidad europea que representa la división de Alemania; de ahí que se piense en la reunificación alemana, pero no en la anexión de las regiones fuera de Alemania, viéndose con intranquilidad el fermento irredentista de la República Federal. La frontera Oder-Niese se estima como una solución aceptable del perenne conflicto de la Europa oriental.

El Gobierno laborista es lo suficiente realista para confiar que los países europeos pueden llegar a un buen entendimiento con Rusia, así como en creer que ciertos cambios en los regímenes de los países de la Europa oriental pueden bastar para que se desarrolle un sistema socialista que no le sea tan extraño a Inglaterra como el comunismo actual; es decir, una evolución como la de Yugoslavia, que han seguido Polonia, Checoslovaquia, etc.

Por Europa entiende el actual Gobierno inglés, no la Europa de los Seis, como tampoco la de los Siete, sino una Europa que comprenda a toda la Europa histórica, desde el Atlántico hasta los Urales, a la manera gaullista.

Puede resumirse la política exterior inglesa en dos aspectos: conservar la unión con los Estados Unidos de América y hacer todo lo posible por salvar su economía frente a los problemas que plantea la pérdida del imperio colonial, cuyos efectos no pueden evitarse, conservando o iniciando nuevas relaciones con los países que anteriormente fueron sus colonias, acercándose a Europa, pero sin abandonar la línea americana, todo ello dentro de un laborismo que deja mucho que desear para ser considerado como socialismo auténtico.

G. B. A.

PACIFIC AFFAIRS

Vancouver

Vol. XXXVIII, núm. 1, primavera 1965

VINACKE, HAROLD M.: *The Growth of an Independent Foreign Policy in Japan* (El desarrollo de una política exterior independiente en el Japón). Págs. 5-16.

Durante medio siglo, la política de los Estados Unidos respecto al Japón se ha centrado en torno del problema de China y de las relaciones chino-americanas. La dirección inicial de la política de ocupación postbélica emprendida por los Estados Unidos se basaba en la desmovilización militar, desmilitarización y democratización política y económica. Al fin de la Segunda Guerra Mundial se consideraba que el interés de la paz requería que el Japón estuviese en una posición tal que no pudiera tener ningún papel importante en la política de Extremo Oriente. Este punto de vista se basaba

en la suposición de que China entraría en el mundo unificado de la posguerra como un Gobierno amigo de los Estados Unidos, bastante fuerte para mantener su propia independencia. Cuando la situación de China se deterioró, esta política americana comenzó a cambiar. La negativa soviética a participar en las negociaciones de paz con el Japón en 1947 mantuvo al país bajo ocupación americana hasta después de 1952. En ese intervalo la política americana consistió en fortalecer la economía nipona. En 1950 se ejercían presiones americanas sobre el Gobierno japonés para que estableciese y fortaleciera la defensa nacional. La guerra de Corea aumentó la importancia del Japón como base de operaciones militares. El tratado de paz fue firmado en 1952 y ratificado un tratado de seguridad que despertó oposición en el pueblo nipón ante el temor de ser víctimas como participantes involuntarios de una guerra no limitada. De tal forma en el país se desarrollaba un considerable sentimiento neutralista que Moscú y Pekín han intentado explotar contra los Estados Unidos. La libertad de acción del Japón como Estado independiente se ha manifestado en el apoyo a las Naciones Unidas y en la participación en otras organizaciones internacionales. Ha concluido acuerdos de reparaciones con Birmania, Indonesia y Filipinas y sostiene relaciones amistosas con Taipei. El 22 de junio de 1965 se firmaba en Tokio un tratado con Corea del Sur para normalizar las relaciones mutuas, que si es ratificado superando la oposición existente en ambos países resolverá importantes problemas. Los Estados Unidos son defensores de Seul y Taipei. Los movimientos políticos japoneses hacia la aproximación con Corea del Norte producen reacciones automáticas en Seul y movimientos similares hacia Pekín los suscitan en Taipei. Consecuentemente, una cuestión importante es saber cuán lejos puede llegar el Gobierno japonés en el desarrollo de una política independiente hacia China sin perjudicar directamente sus relaciones con los Estados Unidos o perjudicar-

las indirectamente con Seul y Taipei. Actualmente, Washington intenta influenciar a Tokio contra el establecimiento de relaciones diplomáticas con Corea del Norte o China comunista. En las presentes circunstancias, Japón no tiene la libertad de acción que tuvo De Gaulle para reconocer a Pekín.

ALBINSKI, HENRY S.: *Australia and Nuclear Affairs* (Australia y los asuntos nucleares). Págs. 32-46.

Resulta natural que Australia, una nación muy expuesta que cuenta con limitados recursos diplomáticos, humanos y materiales, recibiese con especial emoción la primera prueba nuclear china. Pero la acción china sólo sirvió para enardecer, más que inspirar, la preocupación australiana para acomodar su política exterior y de defensa a la era nuclear. Desde 1957 las proyecciones del Gobierno sobre los acontecimientos asiáticos se han mostrado muy acertados. Ha habido muchos conflictos en el área, entre China e India, en Laos, Vietnam y entre Indonesia y Malasia. Australia proporcionó armas a la India y participó en el desarrollo de su fuerza aérea. Envío soldados a Tailandia durante la crisis de 1962. Tiene también cien instructores militares en Vietnam del Sur y ha decidido recientemente enviar un batallón de tropas de combate. Tiene otro batallón en Malaya desde 1955 y en 1964 estacionó unidades de todos los servicios en el Borneo malayo y en su periferia. En 1964, los australianos han sufrido e inflingido pérdidas en el curso de luchas contra los indonesios infiltrados en Malaya y el estrecho de Malaca. Todas esas luchas se han desarrollado con medios convencionales. Anunciando un prometido programa militar en noviembre de 1964, Menzies no hizo ninguna mención a cualquier preparación nuclear australiana. Un mes más tarde, reaccionando contra la prueba nuclear china, el ministro de Asuntos Exteriores, Hasluck, insistió en la necesidad de evitar la proliferación nuclear en Asia,

prometiendo el apoyo australiano para la universal aceptación del tratado de prohibición de pruebas nucleares, incluyendo a China. En mayo de 1963, Australia y los Estados Unidos firmaban un acuerdo para la construcción por los americanos de una estación transmisora en North West Cape, Exmouth Gulf. El objetivo era comunicar con las unidades navales en el Océano Índico y el Pacífico sudoeste. Australia cree que la potencia nuclear americana ha sido un factor decisivo para evitar una guerra mayor, la presencia de un gran ejército terrestre chino ha sido contrarrestada por la masiva capacidad nuclear americana. Así, el Gobierno Menzies consideraba la estación de North West Cape como contribución a la disuasión por parte de la coalición occidental. Los términos del acuerdo indican el deseo del Gobierno de satisfacer a los Estados Unidos y lograr que se desarrolle un firme y duradero interés americano por los problemas de Australia. Aunque se ha negado categóricamente, tanto por Australia como por los Estados Unidos, que la estación de North West Cape tenga otro objetivo que no sea estrictamente el de comunicación, algunos creen que estas instalaciones son el primer paso para una eventual instalación de bases nucleares americanas en territorio australiano. Pero un arsenal nuclear en Australia, sea propio o importado, provocaría en Asia el género de reacciones que Australia desea evitar.

J. C. A.

FOREIGN AFFAIRS

Nueva York

Vol. 44, núm. 2, enero 1966

LODGE, GEORGE C.: *Revolution in Latin America* (La revolución en la América Latina). Págs. 173-197.

Si los Estados Unidos han de asegurar sus intereses vitales en la América Latina han de comprender la na-

turalidad de la revolución allí. Hoy no se puede dudar que los intereses de los Estados Unidos están en peligro. El caos y la violencia prevalecen en unos países y son inminentes en otros. Nuestros esfuerzos por fomentar el desarrollo económico y la estabilidad política han sido menos que satisfactorios, especialmente en las regiones rurales. Por otra parte, uno de los desarrollos más esperanzadores en el hemisferio, el movimiento cristiano-demócrata dirigido por Eduardo Frei, de Chile, ha surgido y sigue adelante en varios países con independencia completa de nuestros esfuerzos. Es más, parece obtener parte de su vitalidad de su enajenación política e ideológica de los Estados Unidos, así como de su creciente afinidad con Europa.

Implícito en las relaciones y contactos de los Estados Unidos con la América Latina está el hecho de que una parte de las dificultades yace en el reino de la ideología y la semántica, en la falta de comprensión que cada uno de los lados tiene de las ideas y palabras del otro.

A pesar de la dificultad con que se tropieza para encontrar respuestas a las cuestiones planteadas deberían ser tenidos en cuenta ciertos pensamientos relacionados con las actitudes y acciones de los Estados Unidos, su Gobierno, fundaciones, negocios y trabajo.

Primero, y en lo tocante al Gobierno de los Estados Unidos, una mayor investigación sistemática de los problemas a que se ha de hacer frente simultáneamente a fin de desarrollar mayores y mejores mercados internos en las naciones latinoamericanas.

Segundo, la diplomacia norteamericana debe reconocer la necesidad de compromisos ideológicos más modernos y precisos, y dada la naturaleza de los procesos revolucionarios en la América Latina y nuestros intereses en ella, no podemos ni oponernos ni permanecer neutrales ante ellos.

Tercero, nuestro Gobierno debería hacer un mayor hincapié en el estímulo de los métodos de motivación y organización adecuados a las necesida-

des de los pueblos latinoamericanos.

Cuarto, deberíamos prestar ayuda para la educación y desarrollo de una nueva «elite» directora para ayudar a los nuevos directores de empresas a ver claramente las alternativas reales ante ellos en sus regiones, que están cambiando rápidamente.

El tiempo no está todavía a nuestro lado en la América Latina. La presión de la población y la revolución están creciendo.

ACHESON, DEAN: *Europe: Decision or Drift* (Europa: decisión o deriva). Páginas 198-205.

Nuestro siglo de aislacionismo fue el aislacionismo por la gracia de un sistema europeo. Cuando ese sistema se estrelló, mediante la autodestrucción de imperios europeos—el otomano, el zarista, el austrohúngaro, el alemán, el francés, el inglés—en treinta años de guerra civil europea, desde 1914 a 1945, los Estados Unidos emergieron del claustro de este continente para jugar un papel principal en los asuntos de Europa y del mundo.

Lo que trajo consigo el colapso del mundo de dirección europea y de los imperios que se encargaron de la dirección fue el desplazamiento hacia el este del poder en Europa. Este cambio, a su vez, creó una preponderancia de una nación, primero, y después, una segunda nación, de tal modo que el balance del poder no volvió a ser posible dentro de Europa.

En unos pocos años, el sueño del siglo XIX del Parlamento del Hombre, para administrar la paz y el progreso universales, se desvaneció ante la negativa soviética a unirse en la solución de los problemas dejados atrás por la guerra: el control internacional de la energía atómica, la reconstrucción económica de Europa, las cuestiones de Berlín y Alemania, el futuro del Mediterráneo oriental, Corea, Japón y China.

Único entre los comentaristas de la política exterior de los Estados Unidos, yo no creo que las dificultades a

que la Alianza Atlántica tiene que hacer frente hoy sean el resultado de la ignorancia, la ineptitud o las equivocaciones de los Estados Unidos. No es que nuestros Gobiernos desde la guerra no hayan cometido equivocaciones, y graves además; pero nuestros problemas no arrancan de ellas. Son más bien el resultado de nuestros programas triunfantes y de los efectos enervantes de la prosperidad. A esto es preciso añadir una medida de mala suerte en la aparición en la escena, en un momento crítico, del misticismo atávico del general De Gaulle y su efecto en el más prometedor desarrollo en Europa desde la Edad Media.

Hoy mucho se dice y escribe sobre el poder de Europa, recuperado o encontrado de nuevo. Mucho consiste de conceptos equivocados. Mr. Don Cook expone la situación correctamente en su interesante libro *Floodtide in Europe*: «Hoy la marea ha llevado a Europa a un nivel de paz y prosperidad sin igual en toda su larga historia.» La marea subió a causa de la seguridad y recuperación que llevaron a Europa los programas norteamericanos y la economía integrada europea ideada y realizada bajo la dirección de Monnet, Schuman y Adenauer. De aquí que sea una prosperidad de la Europa occidental en la que el todo es mayor que la suma de sus partes y que quedaría destrozada si fuese dividida entre ellas.

La sociedad industrial que ha surgido en la Europa occidental es segunda en importancia sigue sólo a la de los Estados Unidos: una población de 340 millones de gentes expertas y competentes, unas altas normas de vida y bajo desempleo, unas reservas oro colectivas y una producción de acero mayores que las de los Estados Unidos, una renta nacional bruta en 1964 de 448.000 millones de dólares, en comparación con nuestros 600.000 millones. Una zona industrial tan impresionante tiene, por supuesto, que ser de una gran significación en los asuntos internacionales.

EDEN, ANTHONY, *Eeari of Avon: The Burden of Leadership* (El peso de la dirección). Págs. 229-238.

El Occidente se encuentra frente a peligros y dificultades. Sin duda, nos saldría mejor si pudiésemos preparar nuestros planes y propósitos conjuntamente, pero esto parece hallarse constantemente más allá de nuestro alcance.

El primer fenómeno que deberíamos advertir, porque el argumento quedará ensombrecido de no ser bien comprendido, es el abrumador y todavía creciente poder de los Estados Unidos en relación con uno cualquiera de sus aliados occidentales. Muchas son las páginas que se han escrito sobre la notable recuperación de Europa; mucho menos espacio se ha dedicado a otro acontecimiento que yo considero más significativo. En los últimos quince años el producto nacional bruto de los Estados Unidos ha duplicado el valor con exceso, hasta que ahora marcha al ritmo de los 658.000 millones de dólares anuales, en comparación con 285.000 millones en 1950. El mundo jamás ha visto, y hace cincuenta años no hubiera podido soñar en ello, tal prodigiosa y rápida multiplicación del poder de producción con el resultado de que los Estados Unidos se destacan por encima de todos sus aliados, y se puede esperar que alcancen altitudes aún mucho mayores.

No se saca nada con discutir si esta disparidad es saludable o no; existe y se irá intensificando. Tendremos que hacerle frente y comprender sus consecuencias para todos nosotros. Quizá los mismos Estados Unidos nunca hubieran podido pensar en el alcance y consecuencias de esto cuando la atracción de la cruzada anticolonial estaba en todo su apogeo. En cualquier caso, los Estados Unidos han tenido que cargar con responsabilidades que rebasaban las de cualquier otra nación del mundo libre hasta entonces. Como ejemplo, en una misma semana, a fines del verano de 1965, los Estados Unidos han tenido que persistir con su acción militar en el Vietnam, re-

unir armas, hombres y dinero por casa para hacerlo, explicar su política en el sudeste asiático al amigo y al crítico y, al mismo tiempo, advertir a El Cairo, en vista de los informes sobre tropas concentradas en el norte del Yemen, que la Arabia Saudí es su aliada, para ser defendida si fuese necesario, ayudando así, por tanto, a encontrar un arreglo. A cuya lista incompleta ha de añadirse el continuado embrollo en Santo Domingo y la creciente tensión en Chipre. Todo esto aparte la dirección de importantes discusiones internacionales sobre el desarme y los intentos de limitar la proliferación de la potencia nuclear. Los hombros más anchos atraen la carga más pesada. Pero su peso resultará más tolerable a ese Atlas si sus amigos simpatizan con él, a la vez que hacen lo posible por aligerar la carga.

De todo lo cual, el Vietnam sobre todo, sale la conclusión de que el peso de la responsabilidad entre las naciones libres ha de ser llevado por los Estados Unidos. Nos encontramos ahora en la era norteamericana de la dirección.

LINDBLOM, CHARLES E.; *Has India an Economic Future?* (¿Tiene la India futuro económico?). Págs. 239-252.

En la India, la producción de cereales es la clave de su desarrollo económico. La más urgente de las demandas es más que comer; el más agudo de los problemas de la estabilidad económica es el impedir que los precios de los cereales suban con demasiada rapidez a medida que la demanda de dinero aventaja a la oferta de víveres.

En quince años de desarrollo planificado, la India ha aumentado la producción de cereales alimenticios en alrededor del 50 por 100. Interrumpido entre 1961 y 1964, el crecimiento agrícola reanudó un salto del 10 por 100 en la producción el año pasado, el año de la cosecha de 1964-65. El resultado bienestar, por este lado, ha sido barrido en parte por el crecimiento de

la población, pues el aumento *per* capita en la producción de granos alimenticios es de acaso un 15 a un 20 por 100, en vez del 50. Con todo, la India ha conseguido situar una fuerza de trabajo pobremente entrenada, cuya productividad marginal ha sido a menudo calculada como de cero, para trabajar un poco capital en una tierra agotada, y de alguna manera ha conseguido salir adelante con un gran aumento en la producción.

Sabemos por qué la ganancia no ha continuado. Tierra agotada. Semillas pobres. Poca mecanización. Herramientas toscas. Arados primitivos y bueyes demasiado débiles para tirar de otros más pesados. Campesinos sin entrenar. Poco capital de inversión en la tierra. Poco crédito del trabajo manual. Dominio de castas que impide la innovación. Tradicionalismo. Ignorancia. Inseguridad. Corrupción. Apatía. Pero ¿cómo, a la vista de todos estos obstáculos, ha sido posible el menor progreso?

Entre una cuarta y una tercera partes del aumento en la producción se ha debido al aumento en la superficie de cultivo. Una nueva política en abonos y riegos podría introducir cambios importantes en la situación, y si la India pudiese mejorar la producción de granos alimenticios, no necesitaría preocuparse del ritmo del desarrollo industrial. Ha procedido durante muchos años al ritmo de un 9 por 100 al año, aproximadamente, un ritmo aceptable, pero que pudiera ser mayor si un crecimiento más rápido en la producción de granos alimenticios permitiese aplicar una política monetaria más expansionista. El problema especial en este caso es las exportaciones; haría falta que subiesen mucho si la ayuda exterior fuese a concluir.

La pereza en las exportaciones de la India no se atribuyen a una demanda débil en los mercados internacionales o a falta de productos para la exportación, sino a una caída en la porción india en el comercio internacional.

Como en el caso de la agricultura, lo que media entre el potencial a corto plazo y la realización no es una es-

casez angustiosa de recursos o una actitud primitiva, sino la falta de experiencia en buscar mercados, empaquetado, control de la cantidad y la constancia para crear mercados lucrativos a largo plazo.

J. M.

JOURNAL DE LA SOCIÉTÉ DES AFRICANISTES

París

Vol. XXXV, núm. 1, 1965

PANEARD, R.: *Une enquête historique en pays mossi* (Una encuesta histórica en país mossi). Págs. 11-66.

En el conjunto de la historia pasada, y en el de la actual evolución de los países negros del Africa Occidental, los territorios mossi desempeñan un papel fundamental. Se trata del conjunto racial y cultural formado por las poblaciones que se agrupan entre el recodo del río Níger y la cuenca superior de los ríos Volta. Desde el año 1960, la parte esencial del territorio y las poblaciones mossi componen, en esencia, la República del Alto Volta, que tiene su capital en Uagadugu, y está poblada por 4.716.000 habitantes; pero este moderno Estado nacional no agota las realidades de los antecedentes mossi, que desbordan sobre otros territorios contiguos.

Durante los siglos XIV y XV se fundaron en aquella región varios pequeños estadios paganos, que se conocieron con el nombre de reinos mossi-dagomba, y se opusieron con una acción guerrera a las penetraciones de los estadios negros islámicos. El principal de estos reinos fue el llamado Yatenga. Todos ellos fueron notables por lo adelantado de sus organizaciones administrativas y el carácter ritual atribuido a sus soberanos consuetudinarios.

Desde los comienzos del siglo actual, los estudios referentes a la formación,

el apogeo, las decadencias y las supervivencias de los reinos mossi se han construido y se han discutido a tres niveles distintos. Estos han sido: el nivel de las jefaturas locales llamadas «cantones», bajo la administración francesa; el nivel interno de cada uno de los reinos y el nivel del conjunto Mossi-Mamprussi-Dagomba. El estudio efectuado por Robert Pageard se sitúa dentro del primero de los referidos niveles. Ha sido realizado gracias a una subvención del Centre National de la Recherche Scientifique, de París, y ha tenido todas las facilidades por parte del Gobierno del Alto Volta. Con este estudio se traza un panorama de conjunto del bloque cultural lingüístico que se forman hoy los mossi con los manprussi y los dagomba. Se trata de dar una idea justa de los movimientos de sus poblaciones para establecer las constantes de la política regional.

Por otra parte, el estudio de Robert Pageard, al ser publicado en la revista de la francesa Sociedad de Africanistas, que tiene su sede en el Museo del Hombre, en París, llama la atención hacia la labor minuciosa de dicha Sociedad, la cual es hoy el principal instrumento científico de enlace entre Europa Occidental y los países de la cuenca del Níger.

R. G. B.

POLITIQUE ETRANGERE

París

Vol. XXX, núms. 4-5, 1965

RONDON, PIERRE: *Introduction aux problèmes actuels du Moyen Orient* (Introducción a los actuales problemas del Oriente Medio). Páginas 330-349.

Globalmente, los problemas del Oriente Medio son los del Tercer Mundo. La principal tarea del Oriente Medio es tratar de realizar o completar su liberación. Quiere liberarse de la

dependencia y la humillación, del miedo y la inseguridad, de las necesidades que afligen a sus masas. Es una descolonización que está en curso de ejecución; una independencia que sus beneficiarios tienen aún que construir, coronar y establecer. Sin embargo, los problemas del Oriente Medio presentan aspectos originales que hacen aumentar las dificultades.

Uno de los rasgos fundamentales es el de que allí la descolonización comenzó mucho más pronto, y, sin embargo, todavía está inacabada. En la mayor parte de la región (exceptuando el Irán y Arabia central) la descolonización comenzó desde la guerra de 1914-1918 con la desaparición del Imperio Otomano. Pero la emancipación de las nuevas naciones que entonces surgieron resultó parcial, y sólo se fue completando entre 1954 y 1958. Luego, después de obtenida la emancipación política tan deseada, han subsistido varias formas de dependencias indirectas, como las restricciones impuestas por las grandes potencias para las compras de armamentos, las concesiones de las compañías petrolíferas; las bases navales coloniales, la inserción forzosa del Estado de Israel contra los árabes, etc.

La integridad territorial exige que haya soberanías iguales sobre todos los territorios de las mismas estructuras étnico-lingüísticas, de lo cual es el mayor esfuerzo el empeño para la unidad de los Estados árabes. Al mismo tiempo, la independencia de los pueblos de la región del Oriente Medio exige que sean liberados de la inseguridad y del miedo. Es lo que más importa a un Oriente que está persuadido de su valor propio, pero consciente de estar materialmente sobrepasado e incluso amenazado por las grandes potencias.

En el sentido de lo económico-social, una preocupación común a todos los países del Tercer Mundo es la de «être libérés du besoin». Pero para el Medio Oriente el problema se plantea en términos muy particulares. Se trata de una región mundial dotada de considerables recursos y que ha conocido eras de notable prosperidad, pero nin-

guna de ellas ha sido indestructible, y por eso los problemas políticos son tales que influyen fuertemente sobre todo lo demás. Allí el problema del desarrollo consiste en sacar una prosperidad duradera de unos recursos que son brillantes, pero oscilantes.

Respecto al mundo exterior, especialmente al europeo, del cual ha sacado los contactos más antiguos y profundos, en el Oriente Medio coexisten dos tendencias opuestas entre la apertura y el repliegue. En la época contemporánea el deseo de apertura se encuentra reforzado por una red de adquisiciones intelectuales y técnicas que son generadoras de emancipación y progreso, pero la tentación del repliegue se acrecienta en razón del desequilibrio de las fuerzas materiales, que hacen temer las influencias predominantes que atraigan las agresiones y dominaciones.

Tomando como punto principal de análisis y comparaciones el grupo de los Estados árabes, se observa cómo la solidaridad afro-asiática, desde la Conferencia de Bandung en 1955, ha sido un elemento mayor de la política exterior del arabismo, y a la vez ha debido mucho a las aportaciones del mismo arabismo. Así, por ejemplo, la noción árabe del neutralismo vivido ha ayudado a que el Tercer Mundo elaborase sus conceptos sucesivos de neutralismo. Sin embargo, no parece que la identificación vaya a seguir con la misma fuerza en lo sucesivo.

VERNANT, JACQUES: *Le développement du «non-alignement» au Moyen Orient* (El desarrollo de la no alineación en Oriente Medio). Págs. 350-368.

La afirmación y la expansión en el Medio Oriente de la actitud política, que se ha definido con la expresión «no alineación», merecen retener la atención por diversos títulos. Uno de ellos es la conveniencia de trazar o retrasar las etapas de la evolución que desde 1945 ha conducido a la formulación y después a la generaliza-

ción de dicha política. Las mayores causas de la evolución de la no alineación en aquel Oriente han sido el comienzo de una organización y una conciencia regionales en el Medio Oriente árabe, el mantenimiento de posiciones occidentales consideradas como coloniales después de la Segunda Guerra Mundial, la participación creciente de Estados Unidos en los asuntos de la región, la existencia de Israel y el conflicto de influencias entre la U. R. S. S. y China.

La primera prefiguración de la no alineación se tuvo en la política que los Estados arábigos existentes practicaron durante la Segunda Guerra Mundial antes de que fuese inventado el término de neutralidad positiva. Ya en San Francisco, durante las discusiones jurídicas que tenían por finalidad desarrollar las proposiciones de Dumbarton Oaks sobre la organización de las Naciones Unidas, los Estados árabes intentaron sin éxito hacer reconocer el carácter particular de los intereses regionales y la responsabilidad exclusiva de los Estados de cada región mundial en los asuntos regionales (no de las grandes potencias).

Cuando en octubre de 1951, Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia (arrastrando a Turquía) invitaron a los Estados árabes a participar en una organización defensiva del Oriente Medio, sólo se trataba de comprometer a dichos Estados árabes para enlazarse con la O. T. A. N. por su flanco sur. Los árabes pensaban que todo compromiso de un Estado de la región medio oriental al lado de una o varias grandes potencias podía dar a estas potencias pretextos para intervenir en todos los asuntos internos de la región. Aquella proposición de 1951 sólo hubiese podido tener éxito si se hubiese presentado en una forma de proposición sin presión. Pero por ser opuesta a los intereses locales suscitó reacciones inversas. Después, la influencia del ejemplo indio se ejerció sobre los oficiales egipcios de la revolución de 1952. El embajador de la India en el Cairo, K. M. Pannikar, difundió el principio esencial de la política exterior de Nehru, «juzgar

cada caso según sus propios méritos», principio esencial del neutralismo que fue asimilado por los nuevos dirigentes egipcios.

Después de que en enero de 1955 las potencias anglosajonas hicieron que surgiese el Pacto de Bagdad entre los dirigentes de Ankara y Bagdad con los de Londres, esto influyó sobre la Conferencia de Bandung de abril del mismo año para que el Tercer Mundo comenzase a agruparse de espaldas a las potencias mundiales. En 1966 la aventura de Suez fue interpretada según el espíritu de Bandung como una prueba de que el Occidente quería conservar al Oriente Medio su carácter de «Caza reservada». La crisis libanesa de 1958 reveló que las posibilidades anglosajonas estaban muy condicionadas. En junio de 1961 un boletín de la Liga Árabe publicó la definición preparada con vistas a la Conferencia de Pelgrado.

Al término de su evolución, en 1966, parece ser que a través de la no alineación del regionalismo del Oriente Medio, tiende a imponer el concepto de una relativa autonomía de conjunto. Al menos porque esa autonomía se facilita dentro del cuadro de la O.N.U. cuando el mundo va dejando el sistema de alineación en dos sectores hostiles.

R. G. B.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. 42, núm. 1, enero 1966

MONROE, ELIZABETH: *British Bases in the Middle East. Assets or Liabilities?* (Bases británicas en el Oriente Medio. ¿Una ventaja o una carga?). Págs. 24-34.

En los momentos en que Inglaterra, profundamente en deuda, trata de reducir al mínimo indispensable sus gastos en el exterior, sus bases en el Oriente Medio son de nuevo sometidas

a escrutinio. ¿Sirven estas bases en Chipre y Libia, Adén y Bahrein los modernos intereses británicos o son mantenidas, en cambio, por la fuerza de la costumbre?

Son preguntas así oportunas no sólo para el contribuyente inglés, sino para su contrapartida norteamericana, pues los Estados Unidos mantienen varias bases en la misma zona: bases militares en Turquía y Libia, la VI Flota en el Mediterráneo y un centro de comunicaciones en Eritrea. Más aún, los Estados Unidos están a punto de embarcarse, conjuntamente con Inglaterra, en la instalación de aparatos para las comunicaciones y repostar en algunos atolones ingleses muy poco habitados del Océano Indico.

El mantenimiento de la ruta para el tránsito militar a través del Oriente Medio y la contención al mismo tiempo de la expansión rusa han sido la principal preocupación de Inglaterra durante más de un siglo. Llegó a ser también la preocupación de los Estados Unidos, en su ansiedad por cercar estratégicamente a las potencias del Pacto de Varsovia y entrar en acuerdos bilaterales de defensa con Turquía, Persia y el Pakistán.

Pero las bases no interrumpen el movimiento de las ideas y nuevas ideas han empezado a consumir Asia y África para detrimento de la posición de poder de todos los extranjeros.

La posición de Inglaterra en el Oriente Medio ha sufrido grandes modificaciones, sin duda, y sus intereses ya no son dominantes en la región. Aproximadamente el 64 por 100 de la producción total de petróleo del Oriente Medio corre a cargo de compañías norteamericanas, seguidas de las inglesas, francesas, holandesas, italianas y japonesas, así como de algunas empresas locales. En cuanto a la producción, justamente por encima de la mitad salió en 1964 para la Europa occidental (un 11 por 100 para Inglaterra) y cerca de una cuarta parte se fue hacia el Oriente, en una gran mayoría hacia el Japón. Así, Inglaterra, por el mero hecho de haber sido adoptada como el jefe de policía del Golfo

Pérsico durante más de un siglo, es la salvaguardia de muchos intereses petroleros, además de los suyos propios.

Si el Golfo Pérsico se ha de conservar, protegido contra la violencia del tipo de la que ya se ha puesto en evidencia en Adén, las posiciones que hay por allí no se pueden abandonar de la noche a la mañana; el riesgo de exponer el Golfo Pérsico al caos sería demasiado grande. El problema que tienen ante sí los planificadores ingleses está en si se inicia el cambio ahora y se espera conservar alguna forma de control sobre su forma y curso, o si será mejor esperar a los acontecimientos, a tiempo que se ora, porque de ellos se precipiten soluciones menos dolorosas que las que ahora están en manos británicas.

CAMPS, MIRIAM: *Britain and the European Crisis* (Inglaterra y la crisis europea). Págs. 45-54.

Ha estado de moda el decir que Inglaterra ha perdido el autobús a principios de los años cincuenta al enjuiciar mal la presión europea en favor de la unidad y que de haber el Gobierno de entonces tomado la iniciativa hubiera podido construir la clase de Europa que es de mayor interés para Inglaterra.

La posición de Francia no siempre ha sido como en el últimos tiempos. Hasta principios de 1965 parecía existir una especie de alianza *de facto* entre el Gobierno francés y la Comisión de la C. E. E. Miradas las cosas retrospectivamente, está claro que el progreso rápido del Mercado Común durante los primeros siete años debió mucho a la coincidencia de interés en la mayoría de las cuestiones entre los franceses y la Comisión, la alianza entre el emperador y el Papa, como se llegó a decir.

Pero en la primavera de 1965 se produjeron varios cambios. La actitud francesa pareció endurecerse contra cualquier desarrollo sustancial en la Comunidad. Mucho antes de que es-

tallase la «crisis» eran persistentes los rumores de que una vez que se adoptase la disposición financiera, los franceses tratarían de «congelar» el Mercado Común. La alianza con la Comisión se desmoronó estrepitosamente. Y la política francesa sobre los asuntos comunales parecía haber caído más directamente bajo el control del Elíseo de lo que había sido antes.

Los franceses han dominado, y en gran parte han inspirado, los acontecimientos de la Comunidad durante quince años y la costumbre de mirar hacia París en busca de dirección no se rompe con facilidad. Es más, el Mercado Común es muy popular entre todos los seis países, pero el entusiasmo por la unidad europea está sometido a erosión por causa de la prosperidad y del nuevo impulso que el general De Gaulle ha dado al nacionalismo. ¿Por qué arriesgar las ventajas materiales en aras de los ideales?

¿Es importante la solución de los cinco con los franceses en términos esencialmente gaullistas o debería crearse una Comunidad Europea, con Inglaterra incluida, con un razonable grado de coherencia y dispuesta a actuar en favor de ciertos propósitos como una unidad? Parece que hay cuatro razones en favor de este tipo de Comunidad Europea—no la floja alianza del general De Gaulle—: Primera, no se ve otra solución para el problema de una Alemania dividida. Segunda, los beneficios económicos de la participación en una unidad mayor son importantes y considerablemente más sustanciales que las ventajas de participar en una zona de libre comercio ampliada. Tercera, sería la manera más efectiva de que Inglaterra y otros Estados de la Europa occidental tuviesen una voz efectiva en los asuntos del mundo. Cuarta, abriría las puertas a unas relaciones más equilibradas y, por tanto, más provechosas con los Estados Unidos.

WALTERS, ROBERT S.: *Soviet Economic Aid to Cuba* (La ayuda económica soviética a Cuba). Págs. 74-86.

Esencialmente, las relaciones económicas soviético-cubanas empezaron a principios de 1960, en circunstancias características, con la ofensiva económica soviética hacia las naciones no desarrolladas en todo el mundo. El 5 de febrero de 1960, Mikoyan inauguró una exposición científica, cultural y técnica en La Habana, y el mismo día, el Gobierno soviético compró por cable 345.000 toneladas de azúcar. El día 13 se firmó un acuerdo entre Mikoyan y Castro en virtud del cual la Unión Soviética compraría 425.000 toneladas de azúcar en 1960 y un millón de toneladas anuales en cada uno de los cuatro años siguientes. La U. R. S. S. pagaría esta mercancía al precio mundial—tres centavos la libra—, con un 20 por 100 del precio pagadero en dólares de los Estados Unidos y el resto aplicable a compras cubanas realizadas en la U. R. S. S. Al mismo tiempo, se anunció la concesión de un crédito soviético de 100 millones de dólares durante cinco años. En mayo, Cuba y la U. R. S. S. establecieron relaciones diplomáticas al nivel de Embajada.

Pronto empezó la negociación de acuerdos con otros países comunistas y China dio comienzo a su ofensiva económica en Cuba. Entre 1960 y 1961, varios países de la Europa oriental (Alemania oriental, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania) extendieron a Cuba créditos de 97 millones de dólares para el desarrollo económico bajo el plan quinquenal que había de finalizar en 1965.

El crédito chino de 60 millones de dólares llamó particularmente la atención por sus condiciones favorables y sin interés. Después de esto y un acuerdo comercial para la compra en cinco años de 2.500.000 toneladas de azúcar, Cuba rompió las relaciones con Taiwan y reconoció el régimen de Pekín.

En diciembre de 1960 se negoció un

acuerdo multilateral entre Cuba, los países de la Europa oriental (menos Albania y Yugoslavia), la U. R. S. S. y Mongolia, con un programa integrado para ayudar a Cuba a la terminación de las compras de azúcar que hacían los Estados Unidos. Los países comunistas se comprometieron a comprar cuatro millones de toneladas a Cuba en 1961. También se negociaron acuerdos multilaterales de pagos.

De tiempo en tiempo, la U. R. S. S. ha respondido a las necesidades crecientes de Cuba. El precio pagado por el azúcar ha sido de 3,25 centavos la libra, el solicitado por Cuba al interrumpirse las ventas a los Estados Unidos. Entre 1959 y 1961 se produjo un pequeño superávit—65,3 millones de dólares en tres años—en las importaciones soviéticas. En 1962-63, en cambio, se registró un considerable superávit en las exportaciones soviéticas: 136,6 millones de dólares en 1962 y 235,1 millones en 1963. Las exportaciones soviéticas entre 1959 y 1963 han sido esencialmente de maquinaria y equipo, combustible, materias primas minerales, metales y alimentos. A la quiebra del experimento económico cubano en 1962 y 1963, siguió la necesidad de las importaciones de víveres y bienes de consumo.

J. M.

THE WORLD TODAY

Londres

Vol. 22, núm. 2, febrero 1966

WHEELER, GEOFFREY: *Soviet and Chinese policies in the Middle East* (Programas soviético y chino en el Oriente Medio). Págs. 64-78.

Tanto la Unión Soviética como China tienen un interés activo en el Oriente Medio. El concepto soviético del Oriente Medio (como una división po-

lítica del mundo) es diferente del del Occidente. Con frecuencia se habla del Sudoeste o del Asia del oeste, para incluir a Turquía y el Afganistán, pero no Egipto. Desde el punto de vista de la cultura y en buena parte también de la raza, el Oriente Medio y el extremo sur musulmán de la Unión Soviética, ahora ocupado por seis repúblicas musulmanas soviéticas, es uno; ambas son partes del Este Musulmán de los Califatos.

Las relaciones rusas con los países islámicos son de mucho más larga duración y de distinta naturaleza que lo han sido las del Occidente. Durante doscientos cincuenta años Rusia ha sido gobernada por un pueblo musulmán, los mongoles islamizados.

La política soviética en el Oriente Medio se basó en la creencia de que el comunismo, o por lo menos el socialismo, ejercería una atracción instantánea para los pueblos cuyo pasado había sido explotado por Turquía, Inglaterra o la Rusia zarista. El Gobierno soviético se dio cuenta de la existencia de movimientos nacionalistas, pero no los comprendió y creyó que sería relativamente fácil el someterlos a su propio control.

Más allá del establecimiento de misiones diplomáticas, la influencia soviética no hizo grandes progresos por los países árabes hasta 1955, cuando la conclusión de acuerdos sobre armamento se convirtió en un importante avance. Desde 1959, el Gobierno soviético ha concentrado la atención en el desarrollo de buenas relaciones con los Estados individualmente.

La política de la Unión Soviética, más moderada y realista hacia el Oriente Medio, ha contribuido, indudablemente, a la escisión chino-soviética, pero en general se puede decir que ha pagado buenos dividendos. Entre 1962 y 1965 las relaciones soviéticas con todos los Estados árabes han mejorado notablemente y ha habido mucha menos crítica soviética de sus Gobiernos «burgueses».

Las relaciones de la República Popular China con los países del Oriente Medio arrancan realmente de la

Conferencia de Bandung en 1955, que cambió la actitud de los Estados árabes hacia China. Un acuerdo comercial fue firmado con Egipto en agosto de 1955; las relaciones diplomáticas fueron establecidas con Siria y el Yemen en 1956. Después del golpe de Estado del Iraq, en 1958, China estableció una Embajada bien servida de personal en Bagdad, y pronto empezó a criticar la actitud de Moscú de buscar la colaboración de los comunistas iraquíes con la burguesía nacional.

El objetivo inmediato de la política china en el Oriente Medio puede definirse como de reducir el aislamiento propio y retar la posición de la Unión Soviética.

HANAK, H.: *Recent trends in Czechoslovakia. I. Economic reforms. II. Slovak nationalism* (Tendencias recientes en Checoslovaquia. I. Reformas económicas. II. Nacionalismo eslovaco). Págs. 78-88.

El año pasado, con gran ostentación, Checoslovaquia celebró el XX aniversario de su liberación por las tropas soviéticas. El partido comunista y el Gobierno también se felicitaron por la revolución económica que han puesto en marcha. Antonin Novotny, presidente desde 1957, ha sostenido que la producción industrial ha aumentado entre 1950 y 1960 a razón de un 11 por 100 anual. El jornal medio (exceptuados los trabajadores de las granjas colectivas, pero incluidos los de las granjas estatales) ha subido un 70 por 100 entre 1948 y 1963. El partido ha sido despiadado y definitivo en la colectivización de la tierra, dijo, porque «sin la socialización de la aldea no podría haber socialismo». A pesar del éxodo del campo hacia la ciudad, insistió en que la producción agrícola ha subido en más de un tercio desde 1948 (cuando se encontraba bien por debajo del nivel anterior a la guerra). Por encima de todo, la colectivización fue rápida y pacífica.

El partido, según Novotny, estaba también igualmente orgulloso de la metamorfosis de Eslovaquia, al pasar de una sociedad agrícola a otra industrial. Pero en Checoslovaquia se han producido cambios que los economistas sostienen que han resultado muy costosos. Mientras el crecimiento industrial ha sido lento en los últimos años, la agricultura ha estado en condiciones de crisis endémicas. La colectivización y las necesidades industriales han empujado a más de 960.000 personas hacia otros sectores de la economía.

Checoslovaquia ha sentido la necesidad de aumentar sus relaciones comerciales con los países no comunistas, pero los checoslovacos están convencidos de que en sus relaciones con los países subdesarrollados están siendo sacrificados en beneficio de los intereses políticos de la Unión Soviética.

Para 1963, después de serios trastornos, las debilidades inherentes en la economía checa se transformaron en una grave crisis. La renta nacional bajó en el 3,7 por 100, la producción industrial en el 0,7 por 100 y las inversiones en el 11,9 por 100. El tercer plan quinquenal hubo de ser abandonado en agosto de 1962. Un plan septenal, que debería seguir hasta 1970, fue redactado, pero no se llegó a poner en práctica. En cambio, se impusieron planes interinos hasta preparar el cuarto plan quinquenal, para ser iniciado en 1966.

Los principales economistas checoslovacos diagnosticaron pronto el mal del sistema: una planificación de excesiva rigidez. Mientras antes se había dado el «culto al plan», ahora se estaba presenciando lo que podría llamarse el culto al mercado socialista libre.

J. M.

INDIA QUARTERLY

Nueva Delhi

Vol. XXI, núm. 3, julio-septiembre 1965

GUPTA, SISIR: *Issues and Prospects in Kashmir* (Perspectivas y soluciones en Cachemira). Págs. 253-284.

El primer ministro de Pakistán decía: «Desde los puntos de vista geográfico, económico, cultural y religioso, Cachemira es una parte de Pakistán. La abrumadora mayoría de la población es musulmana.» Pero los dirigentes indios no están de acuerdo en que Cachemira sea automáticamente parte de Pakistán, porque el carácter de su población sea predominantemente musulmán. Los dirigentes indios nunca han admitido que fuera imposible integrar diferentes grupos religiosos en un solo Estado nacional. Nehru resumió los intereses indios en estas palabras: «Cachemira, a causa de su posición geográfica con sus fronteras a tres países—Unión Soviética, China y Afganistán—está íntimamente conectada con la seguridad y contactos internacionales de la India. Económicamente también está íntimamente ligada a la India. Las rutas de las caravanas comerciales del Asia Central a la India pasan a través de Cachemira.» El *status* internacional del Pakistán, tal como se concebía en 1947, tenía una doble base: primeramente, su valor como base estratégica contra poderosas naciones del continente asiático, particularmente las potencias comunistas, y, en segundo lugar, su papel potencial en Asia occidental como líder y unificador de los países islámicos en una gran asociación Pan-Islámica. Así, la adquisición de Cachemira valorizaría la posición de Pakistán como guardián de la seguridad del sur de Asia y como líder del mundo islámico. Además, Pakistán parece creer que la India está determinada a atacarle y la prosperidad agrícola en el Pakistán occidental depende de los seis ríos, tres de los cuales pasan a

través de Cachemira. Si la accesión de Cachemira a la India fuese aceptada por Pakistán, éste teme que el suministro de aguas a los ríos y canales pakistaníes caiga bajo el control de la India. Una discusión de las propuestas para resolver el problema de Cachemira debe tener en cuenta, primeramente, los básicos intereses comunes entre los dos países que no pueden ser obliterados a causa de las relaciones extranjeras en las primeras dos décadas de la libertad. Sería una tragedia que la opinión india no permitiese cualquier arreglo con Pakistán. No es imposible que ese estado de conflicto entre ellos principiara gradualmente a considerarse como antinatural y diera paso a mejores relaciones. La solución del problema de Cachemira es más fácil de concebir si constituye el primer paso hacia alguna forma de institucionalización de la cooperación indopakistaní.

J. C. A.

RELAZIONI INTERNAZIONALI

Milán

Vol. XXX, núm. 13, marzo 1966

Sikh e hindu nel Punjab (Sijis e hindúes en el Punjab). Págs. 316-317.

Las violentas reacciones populares y comunales que en varias ciudades del Punjab y en la misma capital de Nueva Delhi produjo la decisión del gubernamental partido del Congreso para crear un Estado de lengua punyabi, ha sido una piedra de toque para determinar cómo sobre las posibilidades internacionales de la India pesa el factor interno de las comunidades religioso-lingüísticas. Los preparativos para la formación de un nuevo Estado administrativamente autónomo regido por los sijis, fue motivo de choques sangrientos entre miembros de la Organización sij de los «Akali Dal»

y los del partido extremista hindú «Jan Sangh». Esto ha hecho que se haya aplazado el proyecto de la reforma territorial, pero ha servido para repasar las líneas generales del actual desequilibrio.

Cuando en la primavera del 1947 surgieron la India y Pakistán como nuevas naciones independientes, la región del Punjab era la encrucijada y el punto de convivencia de varias grandes comunidades del semicontinente indostano. Los hindúes y los musulmanes, los sijis y los intocables vivían en aldeas contiguas generalmente bien avenidos; aunque los primeros chispazos de las divisiones se sentían ya en las ciudades. La brusca partición del Punjab entre Pakistán y la India fue arranque de un período doloroso, con persecuciones de los musulmanes que huían al Pakistán y los sijis que iban a concentrarse en pleno sector hindú. A la vez los intocables se corrían a India del sur o se quedaban en Pakistán. Pero los dos millones y medio de sijis (en mayoría agricultores) que dejaron las zonas islámicas para irse a las hinduistas no encontraron en ellas una entusiasta acogida, porque sus usos comunales no encajaban en la estructura regional. Entonces comenzó a tomar consistencia la idea de un Estado autónomo de lengua punyabi, cuyos estatutos se basasen en la protección de las creencias y los usos sociales de los sijis.

Aunque ha habido sijis que han militado en el partido del Congreso y en el socialista Praga, el núcleo más activo ha venido siendo desde el año 1955 el del partido de los «Akali Dag», cuya principal figura ha sido Tara Singh. A su vez los «Akali Dag» eran los grupos de acción de la «Shiromahi Gurudwara Prabandhak Committee» (S. G. P. C.) Organización para la protección de los templos. La S. G. P. C. figura como la organización comunal más ampliamente representativa entre el total de los sijis, que son cerca de nueve millones.

La desaparición de Nehru, unida al continuo debilitamiento de la influencia en el Punjab del congresismo ofi-

cial, fue lo que hizo acelerar la labor de una comisión parlamentaria formada en octubre de 1965 para buscar el medio de equilibrar las estructuras regionales punyabíes, por medio de una distribución de sectores de gestión. El informe de la Comisión se publicó el 18 de mayo. En ella se recomendaba crear un Estado llamado «Haryana» en los distritos orientales de lengua hindí, mientras las zonas hindís montañosas deberán unirse al territorio de Himachal Pradesh. Los sectores de lengua punyabi podrán constituir el Estado *sij* con plena mayoría de este núcleo étnico-religioso que es tan ajeno al hinduismo como al islamismo, aunque ha tomado elementos de uno y otro. Los disturbios provocados por el proyecto acentúan el movimiento centrifugo que tanto perjudica a la India al tener que concentrarse sobre la defensa de sus fronteras con China.

PEDINI, MARIO: *Il Parlamento nel campo internazionale* (El Parlamento en el campo internacional). Páginas 320-321.

El vicepresidente de la Comisión para los países en vías de desarrollo en el Parlamento europeo, Sr. Mario Pedini, dio el 4 de marzo, en la sede del milanés Instituto para los Estudios de Política Internacional, una conferencia ilustrando la función parlamentaria en las instituciones internacionales. Partiendo del análisis de la importancia siempre mayor asumida por la organización internacional como instrumento de colaboración entre los Estados, ha puesto de relieve que los organismos parlamentarios pueden configurarse en las organizaciones internacionales europeas, como el Consejo de Europa, el Consejo Nórdico, la Unión de Europa Occidental, el Benelux, las tres comunidades europeas, la Asociación Euroafricana y Malgache, etc.

En el texto de la conferencia, que ha reproducido la revista milanesa del

referido Instituto, se comienza por analizar la estructura actual del Parlamento europeo que componen 142 «representantes de los pueblos de los Estados reunidos en comunidad» designados por los parlamentos nacionales de Italia, Francia, Alemania Federal, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Sin embargo, los tratados prevén que la designación puede ser provisional, puesto que confiere al Parlamento europeo existente la finalidad de elaborar proyectos para permitir la elección de sus propios miembros por sufragio universal directo, según un procedimiento uniforme para todos los Estados miembros.

Respecto a los tratados C. E. C. A., C. E. E. y Euratom, se concede al Parlamento europeo un control más extenso y eficaz sobre las comisiones ejecutivas, pues se prevé que pueda votar mociones de censura no sólo en relación con las discusiones sobre las relaciones anuales de la Comunidad, sino sobre toda la obra de las comisiones mismas. Puede procederse al debate público y a la votación, después de tres días de haber depositado la moción de censura.

La participación del Parlamento europeo en las determinaciones de la política comunitaria no se explica sólo mediante los «poderes consultivos» que le atribuyen los tratados de Roma. Un cuadro general de los poderes de dicho Parlamento debe también tener en cuenta las funciones que le conciernen sobre las eventuales modificaciones de las normas de los Estados comunitarios y la formación de los balances.

Mientras las asambleas parlamentarias del Consejo de Europa, del Consejo Nórdico, el Benelux, la U. E. O., y la N. A. T. O. tienen finalidades eminentemente consultivas, el Parlamento europeo goza de poderes más relevantes y de un papel determinante en la formación de la voluntad de las Comunidades internacionales a que pertenece. El Parlamento goza igualmente de determinados poderes de control, y en muchos casos, puede tomar decisiones que le consienten una participación más activa en la formación

de la voluntad comunitaria. Es el parlamento internacional más rico de poderes. Por eso no puede ser juzgado puesto en comparación con los parlamentos nacionales, sino considerado como un nuevo tipo de una comunidad internacional. Transmite sus poderes de control (que cada vez se van desarrollando más) gracias sobre todo al continuo diálogo que sostiene con los órganos ejecutivos en el seno de sus comisiones parlamentarias. Y está en disposición de ejercer una influencia poderosa sobre las direcciones políticas generales de la Comunidad, hasta el punto de que puede llegar a ser un organismo popular.

En sustancia, el posible aumento del papel internacional del Parlamento europeo es uno de los factores en donde el impulso del progreso se extiende y ensancha respecto a las familias de pueblos, con nuevos deberes de ciudadanía ante la comunidad humana de dichos pueblos.

Vol. XXX, núm. 14, abril 1966

La posizione della Cina in Africa (La posición de China en Africa). Páginas 342-344.

El creciente interés de Pekín por Africa ha sido uno de los acontecimientos de política exterior con mayor significado durante los últimos años. China comunista ha sido reconocida por 19 de los 36 Estados africanos independientes (sin contar la Unión Sudafricana). Por otra parte, en Africa están instaladas 15 de las 36 embajadas de Pekín en el mundo no comunista. Además, seis Estados africanos han recibido 156,4 millones de dólares como préstamo facilitado por China, lo cual compone un alto nivel de actividades en un continente donde antes de 1950 no tenía China intereses ni relaciones.

¿Cuáles son actualmente los intereses y los objetivos de Pekín en Africa? Ante todo, hacerse reconocer como único y legítimo Gobierno de China;

objetivo cuya importancia proviene de que el reconocimiento por parte de los africanos representa un amplio campo en la necesidad de salir del aislamiento y encontrar aliados en la comunidad mundial de las naciones. Esta finalidad está naturalmente ligada al conflicto ideológico chino-soviético, puesto que China necesita encontrar apoyos para su política revolucionaria lo mismo dentro del mundo occidental que en lo interno del comunismo internacional. Por último, está en juego el ya muy comprometido *leadership* chino en el Tercer Mundo.

La entrada de China en Africa se inició en el plano diplomático, y sólo más tarde se extendió al nivel de la influencia política organizada. Fue preparada en la Conferencia de Bandung de 1955, donde los contactos entre Chu En Lai y Nasser llevaron a establecer relaciones diplomáticas. La Embajada en El Cairo llegó a ser la primera base de la actividad africana en Pekín, aunque sólo se manifestaba en los planos económico y cultural. La participación anual china en la feria de Casablanca desde 1957 y en la de Túnez desde 1958 llevó a la firma de acuerdos comerciales y a la instauración de relaciones diplomáticas.

Desde 1959 hasta los comienzos de 1964 se extendió la etapa de mayor presión en la propaganda. Comenzó por la transmisión desde Pekín de programas radiofónicos en siete idiomas africanos durante ciento ocho horas semanales por lo menos. Entonces fueron creadas varias organizaciones con la finalidad de intensificar los contactos todo lo posible. Por ejemplo, el Instituto chino de Política Exterior, la Sociedad para las Relaciones Culturales, el Comité chino de Organización para la Solidaridad afroasiática y la Sociedad de Amistad chino-africana (que presidía el sindicalista Lin Chang Sheng). Aquella etapa llegó a estar madura para una demostración espectacular. Fue el largo recorrido hecho durante varios meses por el primer ministro Chu En Lai. En sus contactos con los políticos de los países africanos que visitó, Chu

En Lai trató sobre todo de crear un frente común entre los Estados africanos emancipados «del condicionamiento colonialista» por medio de la presencia china y la radiocalización de los nacionalismos locales.

Hacia la mitad de 1965, la ofensiva china de Pekín seguía siendo válida en los terrenos ideológicos y de la asistencia técnica; pero desde el fallo del proyecto de la Conferencia de Argel, que había sido una «segunda Bandung», comenzó el proceso del retroceso chino, que posteriormente se fue sintiendo en los cambios gubernamentales y estatales del Congo ex belga, Alto Volta, Centroáfrica, Dohomey y Ghana. Uno de los mayores factores del fallo (por lo menos temporal) de la política exterior china ha sido su violencia verbal, que ha producido un efecto contraproducente al alentar disturbios que ponen en peligro la necesidad africana más urgente, es decir, la lucha organizada contra el subdesarrollo. Se ha comprobado que el mayor defecto de la política china es su pretenciosa ignorancia de las condiciones de los países en los cuales quieren operar.

R. G. B.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Moscú

Núm. 1, enero 1966

MELNIKOV, Y.: *U. S. Foreign Policy in 1965: Results and Tendencies* (La política exterior de los Estados Unidos en 1965: resultados y tendencias). Págs. 25-30.

En contraste con la tendencia a la «détente» observada en años precedentes, 1965 presenció un empeoramiento rápido de la situación en todo el mundo. La responsabilidad principal descansa, sin duda alguna, sobre el Gobierno de los Estados Unidos. Han sido las aspiraciones creciente-

mente agresivas de los imperialistas norteamericanos lo que tuvo como consecuencia numerosas y cínicas violaciones el año pasado de las reglas básicas del Derecho internacional, la Carta de las Naciones Unidas, la Carta de la Organización de Estados Americanos, los acuerdos de Ginebra de 1954 y los principios más elementales del intercambio entre Estados. La guerra sigue adelante en el Vietnam y va en aumento el peligro de un conflicto mundial armado.

Las esperanzas en el fortalecimiento de la paz, en gran parte asociadas con el resultado de las elecciones presidenciales norteamericanas de noviembre de 1964, se vieron cruelmente decepcionadas. Era difícil esperar que Johnson fuese a volver la espalda después de las elecciones hasta quedarse en la posición de Goldwater, el candidato ultrarreaccionario, para abrazar su política exterior casi por completo. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que sucedió a la terminación del año.

A pesar de todo, esta dirección de los acontecimientos, este aparentemente inesperado cambio en la Casa Blanca hacia el goldwaterismo era algo tan natural como la derrota del jefe de los «hombres salvajes» en las elecciones.

Los amos de los Estados Unidos de hoy, el elemento más influyente en el capital financiero de los Estados Unidos, no estimaban aconsejable que un hombre del tipo de Goldwater entrase en la Casa Blanca. Eso significaría un reto directo a los cimientos de la democracia burguesa, que en los Estados Unidos sigue siendo un instrumento lo suficientemente digno de confianza para la explotación de los trabajadores capaz de continuar ejerciendo todavía una influencia ideológica sobre la población.

Es más, el programa político interno de Goldwater, que amenazaba con suprimir los derechos sociales más elementales de la clase obrera, podía no alcanzar el apoyo ni siquiera de los dirigentes sindicales más reaccionarios, y esto creaba el peligro de

unos agudos conflictos de clase, especialmente indeseables en vista del resurgimiento del movimiento de liberación del negro.

MAXIMOVA, M.: *Confidence Crisis in the European Community* (Crisis de confianza en la Comunidad Europea). Págs. 46-52.

El comienzo de un año nuevo tiene una significación especial para los partidarios de la integración de la Europa occidental, pues es el día del nacimiento de la Comunidad Económica Europea. Fue traída al mundo hace ocho años por los esfuerzos de los «europeístas» Pflimlin y Monnet, Hallstein y Spaak, para estimular los intereses de los monopolios de la pequeña Europa. Desde entonces, la C. E. E. ha sido una especie de problema. Las grandes esperanzas de los primeros años se han nublado repetidamente por la desilusión y la inquietud sobre el futuro de la Comunidad.

Por su acción en la C. E. E., el Gobierno francés ha dado claramente a entender a la Alemania occidental que no acepta el desarrollo supranacional de la Comunidad y sigue viendo el futuro de Francia no en una «federación europea», sino en una alianza de Estados soberanos. Esta actitud refleja el sentimiento de sectores de la burguesía monopolista francesa que necesita el fuerte apoyo del Estado para resistir la competencia de la Alemania occidental, y no se conside-

ran completamente preparados para aceptar reformas de tal amplitud en materia de integración, como una alianza económica cerrada que lleve implícita la renuncia de los Seis miembros de muchos poderes de la soberanía en política económica.

Las raíces de la política exterior de Francia descansan en el deseo de utilizar las ventajas de su posición como una gran potencia, su peso sustancial en los asuntos internacionales y su posesión de potencial atómico, con objeto, primero, de escapar de la actitud protectora de los Estados Unidos, que siempre han considerado una «Europa supranacional», como la base de sus planes para una «Comunidad Atlántica», y, segundo, para evitar que su rival, la Alemania occidental, ganase la dirección de la Comunidad, a tiempo que hacía lo posible por influir ella en sus asuntos.

El Gobierno francés considera que el desarrollo de la estructura económica y política de la pequeña Europa mediante la «organización de la cooperación de Estados soberanos» ofrece perspectivas más reales para que le sea posible dirigir los «asuntos europeos» que en el caso de realizarse sobre la base del desarrollo supranacional. Una «organización de Estados» semejante es capaz, en opinión de la diplomacia francesa, de convertirse en una fuerza independiente en condiciones de «extender su influencia en el mundo por sus propios medios y con su propia política».

J. M.

